

DOMINGO 16 Tiempo Ordinario (Ciclo B)

+ Lectura del santo Evangelio según san Marcos

En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: «Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco». Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a un sitio tranquilo y apartado. Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús, vio una multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles con calma.

Palabra del Señor.

Homilías

(A)

Saber descansar

Estamos viviendo en la sociedad de las prisas, de la rapidez, de la falta de tiempo libre y de descanso. Llevamos un ritmo de trabajo duro, que nos va gastando. Por eso, al llegar está época, se recibe con inmensa alegría el tiempo de las vacaciones y de descanso. Esperamos liberarnos de la tensión, el agobio, el desgaste y la fatiga que se han ido acumulando a lo largo del año. Pero ¿qué es descansar? Me diréis, vaya pregunta más tonta. Cómo que no nos gustase a todos el descanso. Pero, ¿basta con recuperar las fuerzas físicas, y olvidar los problemas y conflictos de cada día, metiéndonos en un mundo de ruido, de fiestas, romerías o playas abarrotadas?

A veces ocurre que, al volver de las vacaciones, hemos cambiado de ocupación, pero no hemos descansado.

Hemos salido del ruido de la fábrica y la ciudad, pero hemos caído en el alboroto de las fiestas o locales abarrotados de gente. Hemos salido del estrés del trabajo, pero hemos caído en el problema de no tener tiempo para acudir a todos los compromisos de las vacaciones.

Jesús nos dice como a sus apóstoles: "Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco".

Esto nos suena a música celestial, pero creo que pensando en ello y consiguiendo llevarlo a la práctica es una realidad.

Para descansar, necesitamos en primer lugar, encontrarnos con nosotros mismos, con sencillez y con honradez. Necesitamos ratos para buscar el silencio, la calma, la tranquilidad, que a menudo nos faltan durante el año.

Tenemos que descubrir que una vida intensa y bien vivida, no es una vida agitada.

El sentido de nuestra vida no se agota con llenarla de trabajos, de preocupaciones. No se agota amontonando dinero, éxitos o placeres.

La vida se nos presenta más agradable y llevadera, si sabemos llenarla, también, del cariño de una mujer, un marido, unos hijos, de la amistad de unos buenos amigos, del compañerismo, de la alegría compartida. En una palabra de todas esas cosas que nos ayudan a disfrutar, descansar y ser felices.

Además del trabajo y los afanes de la vida, necesitamos saber disfrutar de esos esfuerzos.

Necesitamos buscar esos otros valores de los que hablábamos hace poco. Necesitamos acercarnos a Dios, acercarnos a Jesús que es la fuente y el ejemplo de la alegría, la felicidad, el cariño, la amistad. Por eso nos dice: "vamos a un sitio tranquilo a descansar".

No a perder el tiempo, sino a cambiar de ocupación, a descansar de la tarea de cada día, a reflexionar un poco sobre nuestras vidas, a romper el estrés diario para volver a la tarea como nuevos, renovados, descansados.

(B)

El domingo anterior veíamos a Jesús enviando a los suyos a misionar. Hoy le vemos en una «reunión programada para compartir las experiencias vividas» por los discípulos a la vuelta de «las prácticas de pastoral» que les impuso. Es un momento humano, de comprensión, de revisión, de exigencia humana normal: contar lo que pasa. Inmediatamente después Jesús les invita al descanso: «*Venid a un sitio tranquilo a descansar*». En varias ocasiones los evangelistas presentan a Jesús buscando la soledad. Lo nuevo ahora es que la busca para los suyos y la disfruta con los suyos.

No son casuales estos detalles de reposo y de silencio que Jesús prepara para los suyos justo al regresar de las tareas de anuncio de reino de Dios.

Es en el silencio y en la soledad donde se aprenden caminos de encuentro con Dios que no proporcionan ni las aulas ni los libros. Hay susurros y brisa de Dios que sólo se perciben cuando uno se retira y «aguanta» el silencio y la soledad. Hay lecciones que Dios sólo imparte en la paz y en la tranquilidad. Preocupados por hacer y ser eficaces, creemos que el éxito de nuestras empresas misioneras está en «cansarnos por el Reino de Dios hasta desgastarnos». Conviene recordar y escuchar esta invitación de Jesús: «*Venid a un sitio tranquilo a descansar*». Tenemos que confesar que nos da más seguridad lo que hacemos que lo que «nos permitimos» o «regalamos para nosotros mismos». La paz y el silencio, en muchos lugares de planificación de actividades apostólicas, son vistos como «súper lujo». No entran en la programación. Eso que nos perdemos porque quizá nuestra acción pastoral se revelará «ausente» de silencio, de interiorización, de ese hervor que dan las cosas rumiadas en paz.

El relato evangélico de hoy presenta la realidad de la vida: Jesús buscando un lugar tranquilo para los suyos, y la gente adelantándose para no dejarles tranquilos... El hecho recuerda tantas realidades de pastores que se sienten reflejados en la escena. «No tener tiempo para nada», «no tener tiempo para Dios por querer anunciar a Dios sin descanso» es algo que se suele oír con frecuencia. Y sin embargo, hay que saber perder tiempo con

Dios para darle la oportunidad de que nos diga lo que sólo Él puede decirnos.

Quienes sean capaces de buscarle e ir al lugar del silencio, al lugar de la paz y de la tranquilidad, donde Jesús lleva a los suyos, realmente entenderán las cosas de Dios porque no les asusta el silencio. Dios tendrá lástima de nosotros y nos dará su tiempo cuando corramos allí donde Él nos está esperando.

Finalmente este apunte: Jesús invita a descansar a los que se han cansado. Si queremos que nos invite a descansar, nos tendremos que dar a las tareas del Reino... Jesús manifiesta mimo y detalles con aquellos que tienen como tarea el anuncio del Reino.

(C)

Llama la atención cómo han aumentado los problemas de «estrés» o de «surmenage» en unos tiempos en los que el bienestar y la comodidad son una de las primeras metas de no pocos.

Son incontables los estudios que se vienen publicando sobre el desequilibrio que produce en las personas un estilo de vida marcado por el exceso de actividad, la agitación y la dispersión. Simplificando bastante las cosas, los expertos nos ayudan a distinguir entre el cansancio, el agotamiento y el desgaste. Tres términos que a menudo se confunden, pero que responden a tres experiencias diferentes.

El *cansancio* es la consecuencia normal y transitoria de cualquier esfuerzo que realizamos de manera algo intensa o duradera. Toda actividad lleva consigo una dosis de cansancio. Pero este cansancio es sano siempre que se mantenga dentro de unos límites normales; estimula el organismo, incita al sueño y da a la persona una sensación de vitalidad. Es una equivocación pretender eliminar este cansancio; lo importante es dosificarlo y saber descansar mediante el sueño y un reposo adecuado.

El *agotamiento* es otra cosa. Sin recuperarse debidamente de sus cansancios, la persona sigue actuando por encima de sus límites. El individuo emprende una tarea detrás de otra sin un minuto de respiro; siempre tiene algo que hacer. Pronto aparecen diferentes perturbaciones que no son sino «señales de alarma»: la persona no puede conciliar el sueño, se hace cada día más irritable, crece su

inseguridad, pierde el apetito o come con ansia exagerada, se deteriora su relación con las personas, cada día se siente peor. Esta persona está ya «enferma», aunque no es fácil que ella lo reconozca y asuma su propia responsabilidad. Para liberarse de este agotamiento ya no basta el descanso normal. Se necesitan unas semanas de reposo y un planteamiento nuevo de todo. La persona se cura cuando aprende a recomponer su vida, organizar mejor su trabajo y asegurar un ritmo sano de actividad y descanso.

Si el individuo no reacciona y el estado de agotamiento se prolonga durante años, llega inevitablemente el *desgaste* con sus síntomas inequívocos de envejecimiento prematuro, insomnio permanente, apatía, fases depresivas y decaimiento general. Por eso, no es una trivialidad organizarse bien las vacaciones. Puede ser un deber. El descanso veraniego ha de ser un período de recuperación física y psíquica. Pero puede ser, además, una oportunidad para revisar nuestra vida, reconocer nuestras equivocaciones, respetar nuestros límites y aprender a vivir de manera más humana. Es una manera de escuchar también hoy la invitación de Jesús a sus discípulos: «*Venid a un sitio tranquilo a descansar.*»

(D)

El evangelio de este domingo a mí me parece muy bonito. Solo cuenta un pequeño detalle de la vida de Jesús, pero es un detalle que nos descubre cosas preciosas. Dice el evangelio que acababan de regresar los discípulos después de haber predicado la Buena Noticia que tantas veces habían oído de labios de Jesús. Éste quiso llevarlos a un sitio tranquilo para descansar porque donde se encontraban parece que no se podía descansar ni hablar con suficiente sosiego, “porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer”. Esas pobres gentes que no les dejaban ni tiempo para comer nos las podemos imaginar: eran gentes sencillas de aquellas aldeas, cargadas de pobreza y sufrimientos. Nunca habían significado nada para nadie. Nadie se había entretenido en decirles una palabra de ánimo. Cuando habían encontrado a Jesús, que los trataba con cariño y con respeto, aquella pobre gente no les dejaba tiempo ni para comer.

Con él estaban a gusto no les producía miedo. Y se acercaban todos: los pobres, los despreciados, los enfermos y los niños... A su lado experimentaban la ternura de Dios con sus hijos.

El Dios del que les habla Jesús es totalmente distinto al Dios de los Fariseos: un Dios que les metía miedo, les hacía vivir encogidos por miedo a la amenaza constante de castigos...

Ahora oían de Jesús que Dios les quiere, que son sus preferidos, que tiene preparada para ellos una gran fiesta. Esto explica que aquella pobre gente siguiera a Jesús sin dejarle tiempo ni para comer.

Nosotros también escondemos muchas heridas de la vida. también nosotros tenemos sed de un Dios que nos quiera y nos acaricie; un Dios que nos diga: “Ánimo, cuenta conmigo”; un Dios que nos dé su mano para levantarnos de nuestras caídas y que nos ayude a recomponer nuestra vida rota... Un Dios que no nos dé miedo y para ello Jesús al igual que a ellos “se pone a enseñarnos con calma”...

Se ha convertido en dicho común, hoy: “Muchos son los bautizados y pocos los evangelizados”... Un cristiano que vive su fe en solitario la tiene seriamente amenazada y acabará por perderla.

Los cristianos vivimos desnutridos de la Palabra... Nos hemos reciclado en casi todo: en la profesión, en la vida social, en la vida política... Sólo en el aspecto religioso muchos cristianos viven de rentas, de lo que aprendieron de niños en el colegio o en la catequesis... Todos los grandes documentos de la Iglesia recomiendan hacer, en grupo, lo que se llama una catequesis de adultos... Que consiste en repensar todos los temas de la fe a la luz de la Palabra de Dios. Necesitamos poner a punto nuestra fe. No basta con la homilía del domingo... La comida familiar del domingo no basta para sobrevivir toda la semana... Hay que escuchar la Palabra de Dios más a menudo.

Cuenta el Cardenal Martini que hizo dos recomendaciones a un matrimonio amigo: Acercarse a la Palabra de Dios e integrarse en algún grupo cristiano.... ¡Vaya!-contesta el marido- Nos recomiendas dos cosas que no nos van: La Biblia nos marea porque no la entendemos; y no nos gusta comprometernos en grupos porque eso nos llevará a atarnos”. Les contesta el cardenal:

“Entonces os conformáis con ser cristianos de mentirijillas, porque sin Palabra de Dios y sin comunidad no hay cristianismo posible”.

No tenemos que sentir envidia de aquellos primeros oyentes de Jesús. Hoy le podemos seguir escuchando sin hacer ninguna caminata. Es sólo cuestión de que abrimos las páginas del Evangelio.

P. Juan Jáuregui Castelo